



Colegio "DON BOSCO"

Avda. Italia 350 — RESISTENCIA (Chaco)



Padre
JUAN PEDRO RAMON NICOLAU OMS

20 DE MAYO DE 1904 - 10 DE ENERO DE 1991

¡Bienaventurado aquél a quien eliges para estar cerca de Ti,
habitando en tus atrios! Nos saciaremos de los bienes de la
santidad de tu templo.

(Salmo 65,5)



La vocación religiosa es un llamado de Dios para su servicio. Decirle Sí, al Padre, es entregarle la vida y ser un instrumento divino en sus manos.

Juan Pedro Ramón Nicolau, optó por el “Sí, Padre”. Fue solícito al llamado de Dios, porque en el seno de su familia había aprendido y cultivado las virtudes cristianas.

El Padre Juan de muy joven manifestó su vocación y la explicitó ingresando al aspirantado, en Bernal, a los 16 años.

Esta casa salesiana lo cobijó como aspirante hasta 1924 en que pasa al noviciado. El 24 de enero, del año siguiente, emite su primera profesión, continuando con los estudios de filosofía y magisterio.

Hecha la profesión perpetua en 1930 en San Nicolás, allí mismo inicia la Teología, y parte luego hacia La Crocetta, Turín, para finalizar los estudios prebisteriales. Concluidos, se contó entre los privilegiados –como hijo de Don Bosco, maravilloso privilegio– porque fue ordenado sacerdote en la Basílica María Auxiliadora de Turín, el 9 de julio de 1933, por el Cardenal Maurilio Fossati.

Hasta aquí la rápida reseña de su carrera hacia el sacerdocio. Detengámonos, ahora, en sus orígenes. Nació en la madre patria, esa tierra en la que los hombres lucharon en defensa del Papa y del catolicismo, desde épocas medievales, y se jactaron de ser cristianos inculcando a sus hijos la fe católica. Allí en la provincia de Gerona, precisamente en Casavells el 20 de mayo de 1904 nació Juan Pedro Ramón Nicolau Oms. Sus padres don Antonio y doña María Oms: gente sencilla y laboriosa que transmitieron a sus hijos la dignidad del trabajo y la confianza en Dios.

A principios de nuestro siglo la situación europea era difícil y se aventuraban ya los primeros signos de la inminente Gran Guerra del '14. Condiciones desfavorables obligaron a la familia Nicolau-Oms a emigrar a nuestro país, radicándose en Rodeo del Medio (Mendoza). Allí, Juan asistió al Colegio Don Bosco dirigido por el P. Aquiles Pedrolini. Este gran sacerdote, cultivador de vocaciones religiosas, guió al P. Juan y también a su hermano Roberto, quien fue coadjutor en la congregación salesiana.

Juan se crió en un ambiente familiar y escolar que se complementaban para brindarle una educación en la fe y fomentar la práctica de virtudes cristianas; así, los preceptos de la caridad calaron su corazón y las enseñanzas recibidas en su niñez y juventud se convirtieron en testimonio real de un vida profunda durante su sacerdocio.

Ya sacerdote, ocupó diferentes cargos dentro de la congregación: maestro, catequista, consejero escolar, confesor, prefecto y capellán. Actuó en distintas casas salesianas. Como novel presbítero lo conocieron en Gral. Acha –La Pampa–; desde allí partió hacia Buenos Aires y continuó viaje a nuestro tórrido norte. El Colegio Pascual Gentilini en Misiones lo tuvo como maestro, confesor y capellán de zonas aledañas; la provincia de Santa Fe lo conoció en Manucho como confesor de los novicios; de allí pasó a Corrientes y recaló finalmente en nuestra casa de Resistencia hasta su fallecimiento.

Bienaventurado el educador que sabe dar “razón de su esperanza” pasando de la confesión de fe que hace con los labios a la reflexión de su inteligencia, al amor del corazón, a las obras de las manos, para que, pensándolas, amándolas, pueda despertar en los hombres la confianza en que de veras ese evangelio es una palabra de verdad y buena noticia de salvación.

Apenas ordenado sacerdote, regresa a su “segunda patria” –Argentina– y comienza el trabajo apostólico.

Podemos dividir la vida apostólica del P. Juan según los lugares donde residió: La Pampa, Buenos Aires, Misiones, Santa Fe, Corrientes y Resistencia.

En La Pampa –Gral Acha– se dedicó a la docencia y ocupó el cargo de Consejero escolar; a pesar de las múltiples tareas que implica la docencia, el P. Juan no descuidó sus capellanías y la labor catequística.

En Buenos Aires se desempeñó como Vicario de la Basílica de San Carlos, a lo que agregó con mucho empeño la atención de los enfermos del Hospital Italiano.

En Misiones, reside entre los años 1941-42 y en la década 1950-60 el Colegio Pacual Gentilini lo contó como personal de visión, como realmente lo fue siempre. Por ejemplo, carecían de agua y él descubrió un manantial a unos 1.000 metros de la escuela, construyó un sistema de entubamiento que hasta hoy persiste, para dotar de agua al establecimiento. Otro ejemplo es cuando atendía las capillas alejadas y para acortar camino abría picadas en plena selva misionera, que después Vialidad las convirtió en caminos.

Como vemos trabajó para “futuras generaciones”, pero sin descuidar su labor apostólica, catequizó a los lugareños y al personal del Colegio Gentilini. Viajaba a más de 50 km. ya en ómnibus o de a



caballo, los días de lluvia, para celebrar Misa, visitar a las familias o enfermos. En San Juan de la Sierra comenzó la construcción de la capilla.

Misiones, Colegio Pascual Gentilini, todo quedó grabado en el alma del P. Juan: los años volvieron frágil su memoria, pero su paso por la provincia de la tierra colorada, “no se borró y las anécdotas salían a borbotones de sus labios y el semblante se le iluminaba con el recuerdo de «su querida Misiones»”.

Entre los años 1961-64, su vida transcurre en Las Mercedes, el noviciado de Manucho (Santa Fe) y en la actividad tambera anexa.

La ciudad de Corrientes lo contó entre los fundadores del Colegio Salesiano, fue encargado de los Exploradores y de la Capilla María Auxiliadora.

En estos lugares se destacó como diligente confesor de almas necesitadas, no sólo de la reconciliación con Dios, sino también de aquéllas que pedían un consejo, una orientación para sus vidas. Fue un persistente visitador de enfermos, llevando con la comunión, la palabra de aliento o bien buscando la conversión de alguien.

Finalmente en el año 1965 arriba a Resistencia, La Comunidad Salesiana y la feligresía toda, reciben a este sacerdote de estatura más bien baja, de andar ágil y extremadamente conversador, quien con sus relatos y anécdotas conquistó prontamente a toda la comunidad y se forjó de innumerables amigos.

En el Chaco, no se dedicó a la docencia sino que se aboca de lleno a la actividad espiritual.

A partir del año 1966 la superioridad le encarga la atención de diferentes capillas de la ciudad y del interior de la provincia. Así se hace cargo de la capilla “Exaltación de la Cruz” del Barrio Toba.

Paralelamente, el P. Juan asiste a la capilla Cristo Rey, e inaugura un Barrio a las afueras de la ciudad.

En 1980 fundó un Oratorio Festivo en una zona periférica de Resistencia, al que se accedía después de cruzar un basural; hoy es Villa María Inmaculada, mejorada notablemente la zona y con casas de ladrillos.

Otras capillas que conocieron su labor fueron Nuestra Señora de Luján y la capilla San Juan Bautista de la Isla de Villa Río Negro. Además los pobladores de Makallé, La Verde y Lapachito –en el interior de la provincia– contaron con su presencia activa en el año 1982.

Cuando el P. Juan queda sin atender ninguna capellanía, a raíz de su avanzada edad, se vuelca de lleno a otra actividad que desde el año '65 ya la cumplía para beneplácito de todos: confesar y atender a los enfermos de los sanatorios céntricos o de quien lo requería.

Gloria, honor y paz para todo el que hace el bien... pues en Dios no hay acepción de personas.

(Rom. 2,10-11)

Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... y... amarás al prójimo como a ti mismo.

(Mt. 22,37)

...Y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el siervo de todos, pues el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir.

(Mc. 10,44)

Solamente en la vida eterna conoceremos nuestros frutos y ya no estaremos en este mundo pare decir "sí, yo lo hice"; es la ley divina. Así el P. Juan dejó a su paso una serie de obras que hasta hoy son testimonio de su vida de entrega y de servicio a los demás.

¡Cómo hizo suyas las palabras de Cristo: "Dios no hace acepción de personas"! Ante los ojos del Padre todos somos sus hijos. Se brindó a los carenciados, sobre todo niños; fue solícito a las necesidades materiales de los pobres; la "opción preferencial hacia ellos" de que habla Puebla fue su mira y la cumplió hasta sus últimos días.

No solamente consideró a los pobres sino que se volcó de lleno a sus hermanos los tobas, cuando le fue encargada la capellanía del Barrio donde residía esta comunidad aborigen.

Allí se entregó a la atención de los nativos convirtiéndose en el más acérrimo defensor de los derechos del toba y se preocupó por promoverlos como seres humanos comenzando por la lucha de una vivienda digna. De esta manera logró que el gobierno construyera un Barrio para la etnia toba; con la ayuda de la Cruz Roja Argentina y de las religiosas canadienses formó un Centro de Capacitación Laboral en carpintería –en el mismo Barrio– para el aborigen; allí catequizó a niños y sus familias. Para consolidar estas obras en una comunidad nativa, se debe tener un don de gentes, un don especial, porque interpretarlos, comprenderlos y sobre todo lograr la conversión "motu proprio" del toba, es tarea difícil, diríamos difícilísima. Especialmente, cuando hay quienes tratan de



echar por tierra nuestros logros, porque alrededor de la capilla católica se erigieron tres centros protestantes, los que con “canciones muy pegadizas” se conquistaban a los jóvenes aborígenes; además la capilla era vista como “recinto de mal augurio”, puesto que tenía las paredes negras (léase chapas de cartón).

Con golosinas, juegos y su bondad –como buen salesiano–, el P. Juan, llegaba al Barrio en un viejo Citröen o en un Jeep y al sonar de bocina, aparecían los niños tobas que se convertían en “pasajeros” hasta la Capilla. Así conquistó a los chicos, y luego a sus familias; pero su espíritu luchador (catalán) no se conformó con estas conquistas, invitó a los pastores protestantes y se llegó a una feliz vecindad.

En el Barrio Toba el P. Juan desplegó una profusa actividad apostólica, social y cultural, desde 1966 hasta 1976, una década que marcó a los nativos, quienes hoy –1991–, aún lo recuerdan y, a veces, sin contar con las “últimas noticias”, todavía se acercan al Colegio Don Bosco a preguntar por él.

Con el mismo tesón trabajó en la Isla de Villa Río Negro. En el Lote 173 –sobre ruta nacional N° 11– no sólo se ocupó de la Capilla Cristo Rey, sino que logró conformar un barrio, con viviendas de material para los lugareños.

Su alma de misionero, fue prodigiosa en la labor apostólica. Las semillas que arrojó a su paso todas dieron sus frutos. Lo estamos viendo en el Barrio Toba, Villa Cristo Rey; pero, el ejemplo cabal es Villa María Inmaculada. Allí, entre los meses de julio a noviembre de 1980 el P. Juan organizó un Oratorio Festivo, ayudado por un grupo de alumna del Colegio María Auxiliadora –las misioneras– del cual era capellán. Todas las semanas asistían al Oratorio después de cruzar uno de los basurales de Resistencia. Ese lugar de viviendas muy precarias, era el “refugio” de gente marginada y de mal vivir.

Trabajó con ahínco y en muy poco tiempo consiguió formar una villa. “Que el Municipio rellene el basural y prohiba el arrojo de residuos a la «entrada» de la villa”. Bastó esto.

Cuatro meses y sin ningún centro católico –capilla– fueron suficientes para su trabajo misional.

En el Colegio el P. Juan Nicolau mientras tanto tenía su escritorio, siempre con ropas o alimentos para ayudar a la gran cantidad de familias que se acercaban a él, en busca de amparo material.





...A quien perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quien se los retuviéreis, les serán retenidos...

(Jn. 20,23)

Cuántas almas estarán agradecidas al P. Juan, porque gracias a él se reconciliaron con el Padre. La paciencia, mansedumbre y humildad de corazón se hacían patentes cuando de perdonar los pecados se trataba. Su confesonario era asiduamente visitado por los alumnos y feligreses. La paciencia para escuchar al penitente, la mansedumbre para orientarlo en la reconciliación y la humildad para aconsejar. Confesó hasta que su enfermedad lo postró; nunca hizo esperar a nadie para confesarse; solícitamente acudía a la atención de quien lo requería.

Conducta similar desplegó en la atención a los enfermos, internados en diferentes sanatorios de nuestra ciudad o bien en domicilios particulares. Enfermos y moribundos conocieron a un sacerdote que transmitía fe y esperanza en la Misericordia de Dios, su hablar pausado y con palabras justas para cada ocasión fueron un remanso de paz y consuelo para los que soportaban el calvario de una enfermedad o los instantes últimos en esta tierra.

Abnegado confesor, se brindó a la salvación de almas y a la orientación, en la vida cristiana, de todos los que lo buscaron como director espiritual. En esta tarea fue continuamente requerido por los niños.

¿Quién como el sabio? ¿Quién como el que sabe explicar las cosas? La sabiduría del hombre ilumina su rostro y cambia la dureza de su semblante.

(Ecl. 8,1)

¿Quién como el P. Juan supo comunicarse con la naturaleza? No sólo se granjearon el cariño de las personas sino también de las criaturas de Dios.

Hablaban con la naturaleza, se entendía con ella. Su vida como docente estuvo íntimamente relacionada a la agricultura, ganadería, actividad tambera, etc.

Desde La Pampa, Santa Fe y sobre todo Misiones, el P. Juan trabajó en los quehaceres del campo.. Se preocupó por mejorar estas actividades y orientó a los alumnos y a la peonada a tratar la naturaleza con cariño.



“...La tierra, sometedla y dominad, sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra” (Gén. 1, 28). El mandato de Dios “dominar” toda la tierra y cuanto está sobre ella, es sentirse “dueño”, “señor” de todo; lo que significa hacer con ella cuanto queramos, pero como señores, por lo tanto debemos aprovecharla pero también cuidarla.

Conocer la naturaleza para dominarla, decía un pensador del siglo pasado (Descartes). Así lo hizo el P. Juan, se compenetró, vivió con la naturaleza, a tal punto que exigía y velaba por el buen trato que se le debía prodigar a los animales y plantas. En Misiones todos lo recuerdan con su caballo “Pangaré”, de suerte que conformaron un armónico binomio, por la manera con que se dirigía a su caballo y cómo le hablaba. Fueron inseparables en las tareas de campo y para el trabajo apostólico; allí, se preocupó por mejorar la ganadería, incorporando cabezas traídas de la provincia de Formosa que se las había cedido gratuitamente el Sr. Velaz.

Aprendió a cazar víboras con las manos, no dudó en abrir picadas en plena selva misionera, cuando era necesario; se dedicó a la entomología, colecciónando insectos que debían ser clasificados y ordenados por los alumnos del Gentilini; de esta manera dejó inaugurado el Museo de la Escuela. Se dedicó a la pesca como actividad deportiva y se comprometió con la cría de palomas, en Resistencia, al punto de acostumbrarlas a comer de sus manos y revoloteando –¿quién no lo recuerda?– a su alrededor cuando caminaba por los patios del Colegio.

La hermana naturaleza halló en el P. Juan su más ferviente aliado, diríamos hoy un defensor de la ecología. Cuando estaba con las palomas o contaba sus andanzas por Misiones se le iluminaba el rostro al hablar de los animales y de las técnicas que usaba para cazarlos o alimentarlos.

Conocí que no hay nada mejor para el hombre que alegrarse y hacer bien en su vida.

(Don Bosco)

Palabras de Don Bosco que su hijo Juan Nicolau las supo practicar, porque la alegría jamás se borró de su rostro; su andar, su conversación amena y divertida, atraía a todos; se hizo amigos en los lugares que residió.



De trato amable y palabras sinceras que salían de un corazón sin dobleces, hicieron que quien lo conocía quedara atrapado por su bondad y delicadeza de trato. Las actividades que desarrolló en su multifacética vida, contribuyeron a cosechar amistades.

Se dedicó a la filatelia; fue un avezado cazador, demostrando su puntería en La Pampa, deporte que había comenzado a practicar en Turín al igual que el alpinismo y la fotografía.

En sus ratos libres la pesca era su pasión; junto al P. Vizcarra y con el P. Mangini, formaron un trío de pescadores y, ¿por qué no?, de aventureros de este deporte que se caracteriza por saber contar la mentira más grande. Compartir con ellos un día de pesca era vivir en alegría salesiana.

Colmada de experiencias positivas su vida apostólica y cotidiana, el P. Juan no obstante conoció agudas espinas que atravesaron su camino, pero con espíritu luchador supo vencerlas, y aunque lo hicieron sangrar, fue sólo en el interior de su corazón, porque nunca lo demostró.

Con plenitud de conocimientos y convencimiento podemos decir: “Pasó haciendo el bien”.

Yo soy la resurrección y la vida / el que crea en Mí aunque muera vivirá.

(Jn 11,25)

Yo soy la luz del mundo / el que me sigue no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida.

(Jn. 8,12)

El tiempo no sólo pasa, nos transforma, envejecemos y fenecemos. La hora del P. Juan llegó el 10 de enero de 1991. Soportó una enfermedad, más por autoconvencimiento, que por existencia real de la misma, cosas de la mente humana. En sus días de postración rezaba 3 rosarios diarios y sus hermanos salesianos se turnaron para cuidarlo, como así también almas generosas que se acercaron con mano caritativa a atenderlo; a ellas la Comunidad agradece profundamente.

Aquel 10 de enero, en la capilla ardiente, ante los despojos mortales del P. Juan, desfilaron gran cantidad de feligreses y amigos, niños y jóvenes, adultos y religiosos. Todos querían despedirlo.

Por ausencia del arzobispo de Resistencia, se hizo presente el Pro-Vicario General de la arquidiócesis P. Iván Caserman, quien rezó un responso con gran asistencia de almas piadosas.



En el último ADIOS al P. Juan la Misa fue presidida por el P. Inspector Mario Del Degán y concelebrada con el representante del Arzobispo, Mons. Jorge Heinemann, más numerosos sacerdotes de la ciudad y hermanos salesianos de Corrientes y Formosa. La concurrencia de tantos fieles y las demostraciones de dolor manifestaron, una vez más, el amor y cariño que el P. Juan se granjeó entre tanta gente.

Padre Juan Pedro Ramón Nicolau: las generaciones presentes le dicen GRACIAS, descanse en brazos de la Misericordia Divina.

Como la lámpara que consumió el aceite, se apagó su vida. Y ahora recibe y posee la Luz Eterna. Desde este “valle de lágrimas” queremos grabar su nombre en las letras y en el tiempo para que sea recordado como modelo de entrega a los demás. Claro ejemplo de ello fue la Municipalidad capitalina que designó una calle con el nombre del P. Juan en el Barrio de la Isla de Villa Río Negro; el acto de imposición de su nombre se realizó como parte de los festejos del cincuentenario de la Obra Salesiana en Resistencia.

La Comunidad Salesiana del Chaco agradece este gesto del municipio, como así también a los médicos, enfermeras y personas amigas que atendieron desinteresadamente al P. Juan.

P. RAIMUNDO M. GIL y Comunidad Salesiana

DATOS PARA EL NECROLOGICO

Nació el 20 de mayo de 1904 en Casavelss (Gerona - España). Falleció el 10 de enero de 1991 en Resistencia (Chaco - Argentina) a los 86 años de edad, 65 años de profesión (24 de enero de 1925) y 57 años de sacerdocio (9 de julio de 1933).

